ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

EL PAÑUELO DE YERBAS,

ZARZUELA CÓMICA EN DOS ACTOS,

LETRA DE

DON MARIANO PINA DOMINGUEZ,

MÚSICA DE

DON ÁNGEL RUBIO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

EL PAÑUELO DE YERBAS.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

¡No me siga usted!.	Comedia en un acto.
El viejo Telémaco.	Zarzuela en dos actos.
Sensitiva.	Zarzuela en dos actos.
El violinista.	Zarzuela en un acto.
Adios mi dinero!.	Zarzuela en un acto.
La vida en un tris.	Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo..	Comedia en un acto.
Descarga de artillería.	Comedia en un acto.
Por huir del vecino...	Juguete cómico en un acto.
Pirlimpimpin 1.º..	Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola....	Zarzuela en dos actos.
Se dan casos.	Zarzuela en un acto.
Un nuevo Quintiliano.	Comedia en un acto.
La copa de plata..	Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo.	Juguete cómico en dos actos.
Fausto.	Parodia en dos actos (de la ópera).
La casa de locos...	Zarzuela en un acto.
Dar en el blanco..	Comedia en tres actos.
Me es igual.	Juguete cómico en un acto.
El forastero..	Juguete cómico en tres actos.
El fogon y el ministerio. . . .	Juguete cómico en un acto.
¡Valiente amigo!	Juguete en dos actos.
La ley del mundo.	Comedia en tres actos.
Las cerezas.	Juguete cómico en tres actos.
Compuesto y sin novia..	Zarzuela cómica en tres actos.
¡Arda Troya!.	Juguete cómico en tres actos.
La dulce alianza.	Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año.	Revista en un acto.
Los dominós blancos.	Comedia en tres actos.
El año sin juicio.	Revista.
Cambiar de colores.	Comedia en un acto.
El doctor Ox.	Zarzuela bufa en tres actos y seis cuadros.
Los Madriles.	Zarzuela en dos actos.
Amapola.	Zarzuela cómica en tres actos.
El Chiquitin de la casa.	Comedia en tres actos.
El empresario de Valdemorillo.	Zarzuela en dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo..	Revista en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá.	Revista en un acto.
El dinero en la mano.	Comedia en dos actos.
El caballo blanco.	Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos.	Zarzuela en dos actos.
Dimes y diretes.	Juguete cómico en un acto.
El pañuelo de yerbas.	Zarzuela cómica en dos actos.

EL PAÑUELO DE YERBAS,

ZARZUELA CÓMICA EN DOS ACTOS,

LETRA DE

DON MARIANO PINA DOMINGUEZ,

MUSICA DE

DON ÁNGEL RUBIO.

Representada por primera vez en Madrid en el Teatro de la ZARZUELA el 15 de Noviembre de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES
ADELA	Srta. Gonzalez.
GERTRUDIS	Sra. Baeza.
ANITA	Srta. Blanco.
POLICARPO	Sres. Tormo.
ZACARIAS	Banquells.
TEODORO	Guerra.
NARCISO	Povedano.
PEDRO	Mora.

La accion en Madrid: época actual.

Nota. Los que deseen adquirir la partitura de esta obra, deben dirigirse á su autor, calle de *Lope de Vega*, 10, 2.°, ó á D. Francisco Sedó, *Lope de Vega*, 30, 3.°

ACTO PRIMERO.

Sala elegante. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, luego ANITA y GERTRUDIS.

PEDRO. (Con una caja en la mano y hablando con uno que se supone fuera.) Esté usted tranquilo. Se lo explicaré todo á mi amo. Que el encargo es del primo Atanasio; que usted es el escribano de marras... Vaya con Dios! No se me olvidará nada. (Bajando al proscenio.) ¿Qué diablo vendrá aquí dentro? (Deja la caja sobre la mesa.)

ANITA. (Saliendo por la izquierda y leyendo en un libro.) «Sevilla, »capital de la Andalucía.—Setenta mil almas—clima »dulce, bellos teatros, catedral y alcázar árabe...»

PEDRO. (Eh! Ya está á vueltas con su geografía. Desde que se levanta no hace otra cosa.)

ANITA. Se ha marchado ya ese señor que preguntaba por papá?

PEDRO. Ahora mismo acaba de marcharse. Mire usted lo que ha dejado para don Policarpo.

GERT. (Á Pedro.) Todavía estás aquí? No te he dicho que acabes de arreglar el despacho del señorito?

PEDRO. Pero señora, si he estado recibiendo...

GERT. Á mí no se me contesta!
PEDRO. Repito que no podía dejar de recibir...
GERT. Basta! Márchate.
PEDRO. (Pero por qué tendrán todas las viejas tan mal genio.)

ESCENA II.

GERTRUDIS, ANITA.

ANITA. Diga usted, mamá, sabe usted si recibió ayer papá la carta que aguardaba?
GERT. Qué carta?
ANITA. La que debía enviarle don Santiago desde Ávila
GERT. Ya! Apropósito de tu proyectado matrimonio con su hijo. Ah, picarilla! Cómo se conoce que quieres saber la opinion de tu futuro con respecto al retrato que te has hecho en casa de Juliá y que acabamos de enviarle.
ANITA. Yo...
GERT. No, no! Si eso es muy natural! Cualquiera tendría la misma impaciencia. Pues hija, hasta hoy no había recibido mi esposo carta alguna de Ávila. Anoche ántes de dormirse me lo hubiera dicho. Pero ya no puede tardar la cartita dichosa.

ESCENA III.

DICHAS, POLICARPO.

POLIC. (Viene de la calle. Sale vivamente y con una carta abierta en la mano.) Victoria! victoria!
GERT. Aquí tienes á tu padre.
POLIC. Al fin llegó. Acaba de dármela el cartero.
ANITA. De don Santiago?
POLIC. Puedes considerarte como esposa de su hijo.
ANITA. Qué gusto!
GERT. Niña?
POLIC. Mira! Mira lo que dice del retrato. (Leyendo.) «La foto- »grafía de Anita ha causado viva impresion sobre mi

»hijo Teodoro. Sobre todo la nariz rectilínea y el ho»yuelo...» Fíjate bien. «Y el hoyuelo tentador de la »barba, han hecho palpitar su corazon.» Eh! Qué tal? Ya lo dije yo eso! En cuanto la vea es hombre al hoyo!

GERT. Es decir que muy en breve...

POLIC. Nuestra hija entregará su mano á un guapo y honesto jóven muy conocido en Ávila por su elocuencia. Dicen que habla como un ruiseñor. Y él en cambio tendrá una mujer cariñosa, amable, y sobre todo bien educada. Porque eso sí; á educacion no la gana ninguna. Á que no hay en Madrid quien sepa tanta geografía como ella!... Lo que yo le dije. La mujer que conoce el país donde vive, tiene mucho adelantado. Geografía y quieta en casa. Y qué ha sucedido, vamos á ver? Ahora verás lo que ha sucedido. (Á Anita.) Valencia.

ANITA. (Hablando como quien da una leccion.) Capital de provincia, puerto de mar. Cuarenta mil habitantes. Mucha paella.

POLIC. Barcelona.

ANITA. Capital de Cataluña. Doscientos mil habitantes. Teatros, cafés, Rambla y butifarra.

POLIC. Lo ves? Á que no encuentras otra tan instruida?

MUSICA.

Tiene gran memoria.
Tiene un claro juicio.
Sabe lo que sabe
á macha martillo.
Sólo á mí me debe
tal educacion.
Yo estoy orgulloso
bien lo sabe Dios.

—

ANITA. Estudiando geografía
muchas horas me pasé,
pero al fin llegó ya el dia

en que todo me lo sé.
Por un método sencillo
me llegué á perfeccionar.
Tengo á Europa en el dedillo
como aquí voy á probar.

POLIC. y GERT. Oigan ustedes—y lo verán.
Es una cosa—particular.

I.

ANITA. La Rusia está al Norte
segun entendí,
por eso las nieves
abundan allí.
Al Sur está España
y el clima es mejor,
aun cuando en verano
aprieta el calor.

—

En el Polo se tirita
y en el Congo quema el sol.
Cinco partes tiene el mundo,
todas las conozco yo.
Hay montañas en Suiza.
El desierto en Asia está
y los rios principales
desembocan en el mar.

TODOS. No se puede, no se puede,
no se puede saber más,
con lo dicho basta y sobra
y ya ustedes juzgarán.

II.

POLIC. España es un pueblo
de gran extension,
al Norte Castilla
y al Sur Aragon.

Madrid nunca pierde
su puesto central
y está rodeado
por un arenal.
En invierno pulmonías,
en verano gran calor,
agua sucia del Lozoya
cuando cambia la estacion.
Muchas cuestas; mucho vago,
y en la calle de Alcalá
un ensanche que Dios sabe
cuando se terminará.

TODOS. No se puede,
no se puede, etc.

HABLADO.

POLIC. Y dejando aparte la geografía: ha venido álguien durante mi ausencia?

ANITA. Un caballero vino hace un rato y dió á Pedro esta caja para tí.

POLIC. Una caja? Y qué caja es esta?

ANITA. No sé.

POLIC. Pedro! (Llamando.) Yo no aguardaba ninguna caja.

ESCENA IV.

DICHOS, PEDRO.

PEDRO. Llamaba usted?

POLIC. Quién ha traido esto?

PEDRO. Ah! Sí señor! Debía decírselo á usted.

POLIC. Pues dilo, hombre, dilo pronto.

PEDRO. Es... Deje usted que me acuerde.

POLIC. Á que se te ha olvidado?

PEDRO. Es... justo! Eso es!

POLIC. Pero qué es eso?

PEDRO. Un encargo de su primo de usted Atanasio.

POLIC. Atanasio? Ah, sí! Atanasio! Hace veinte años que se marchó á América. Por qué diablo me escribirá al cabo de ese tiempo? Nunca he tenido noticias suyas.

PEDRO. Pues no es fácil que vuelva usted á tener otras.

POLIC. Por qué?

PEDRO. Porque se murió hace quince dias.

TODOS. Ha muerto?

PEDRO. Eso me ha dicho el caballero de la caja. Dígale usted á don Policarpo que su primo Atanasio ha muerto, dejando esto para él. Mientras vuelvo puede ver lo que contiene.

POLIC. Pht! Qué me importa? Apenas nos conocíamos.

GERT. Era jóven?

POLIC. ¡Quiá! Sesènta años.

GERT. ¡Un viejo chocho! ¿Y dónde ha muerto, no te ha dicho?

PEDRO. Sí señor, aguarde usted... En... en Betanzos!

GERT. Betanzos?

POLIC. Betanzos? Qué pueblo es ese? (Á Anita.) Betanzos.

ANITA. Provincia de la Coruña, seis mil habitantes, iglesia, buena fruta y amas de cria.

POLIC. Ah! Es verdad! En Galicia. Justo! Ese era su pueblo!

GERT. Vaya, abre la caja y veremos lo que te ha dejado.

POLIC. Vamos á ver. (Abre la caja y saca medio pañuelo de yerbas atado por las puntas.) Eh?

GERT. ¿Un pañuelo de yerbas?

POLIC. No. Medio pañuelo... pero esto suena á gloria.

PEDRO. Qué herencia tan rara!

POLIC. Aguarda, aguada! (Abre el pañuelo y caen sobre la mesa gran cantidad de monedas.) ¡Eh! Qué te decía yo!

GERT. Monedas de oro!

POLIC. Un capital enorme!

PEDRO. ¡Por qué no habrá mandado el otro medio!

POLIC. Contemos, contemos todos.

GERT. Sí, sí. (Todos cuentan.)

POLIC. ¡Infeliz! Una, tres, siete. ¡Morir en lo mejor de la

edad!

GERT. Doce, catorce... Un hombre tan bondadoso! quince, diez y seis.

POLIC. ¡Y tan económico! veinticuatro, treinta.

GERT. ¡Con un corazon de plata!

POLIC. ¡Y con unos pañuelos de oro! Sumemos. Yo he contado treinta y dos.

ANITA. Yo, cuarenta y nueve.

PEDRO. Yo, cincuenta y siete.

POLIC. Y tú?

GERT. Cincuenta.

POLIC. Total, nuevecientos cuarenta duros.

GERT. ¡Diez y ocho mil ochocientos reales!

POLIC. Decididamente era un hombre completo. (Sacando el pañuelo y llorando.)

GERT. Un alma ejemplar! (Id.)

ANITA. Un noble pariente! (Id.)

PEDRO. Y muy bien vestido! (Id.)

POLIC. Bueno! Ya hemos llorado bastante su memoria. Ahora es preciso pensar en qué gastaremos esta suma. (Pedro vuelve á colocarla en la caja.)

GERT. Pues si cae como llovida del cielo. Precisamente habíamos decidido renovar todo el mobiliario. Para eso hemos abierto la almoneda.

POLIC. Es verdad!

GERT. Pusiste el anuncio?

POLIC. Anteayer. En todos los periódicos. Gran almoneda, calle de la Esperancilla, diez y nueve. ¿No ha venido nadie?

PEDRO. Ni un alma.

POLIC. No importa, ya vendrán.

ANITA. Yo preferiría un buen traje de novia.

POLIC. Ah. Tú preferirías...

GERT. ¡Un traje de diez y ocho mil reales!

POLIC. Bueno! Dejarme sólo! Yo pensaré en lo más conveniente.

ANITA. Pero...

POLIC. Anda con tu madre! Dejarme pensar. Ya os diré luégo lo que decido.

GERT. Como quieras. (Vánse.)

ESCENA V.

POLICARPO, luégo NARCISO.

POLIC. Pero qué á tiempo ha llegado esta suma! Verdad es que el dinero llega siempre á tiempo!

NARC. (Asomándose misteriosamente por el foro.) Está usted solo?

POLIC. Ah! Narciso! (Tambien llega á tiempo.) Adelante. Mi mujer acaba de marcharse. Qué hay? ¿Viste á la doncella? Le has hablado?...

NARC. ¡Pues ya lo creo!

POLIC. Bajito, bajito.

NARC. Cada vez que desciende... Como vive en el tercero y pasa por delante de la peluquería, que está situada como usted sabe en el entresuelo... Yo salgo y... no hay cosa más fácil. Ahora precisamente, mientras yo descañonaba á un coronel de artillería, la vi deslizarse por la escalera y hablamos un momento.

POLIC. Qué te dijo de su señora? Qué te dijo de ese ángel... sin alas?

NARC. Creo que toma usted la cosa muy por lo serio, don Policarpo.

POLIC. Pues no lo he de tomar! Escucha, Narciso. Tú más que mi barbero eres mi amigo. Aunque me afeites tienes derecho á mi confianza. Escucha. Mi corazon hasta hace cosa de quince dias no había palpitado más que por mi mujer. Pero desde esa época sus latidos no la pertenecen. La amo sin fuego, sin pasion, sin entusiasmo. Desde hace quince dias mi corazon pertenece al arte. Ya te conté cómo sucedió esto. Fué la impresion de un segundo. La ví sobre las tablas del teatro del Circo; la oí cantar una romanza tan expresiva como tierna y no pude dominarme.

NARC. Bien! Pero cuando supo usted que vivía con su don-

cella en mi misma casa... es decir, en el cuarto tercero, y me lo confió usted todo, me dijo usted que era un simple capricho, un pasatiempo.

POLIC. ¡Capricho! ¡No! No es capricho! Es pasion ardiente! Y sabes en qué lo conozco?

NARC. En qué?

POLIC. En que no puedo dormir! ¡Es imposible!

NARC. No duerme usted?

POLIC. Nada! Hago versos!

NARC. Versos?

POLIC. Anoche de doce á tres le compuse esta rodondilla. (Saca un papel y lee.)

«Adela del alma mia,
pensando en tus labios rojos
no puedo pegar los ojos
ni por de noche ni por de dia.»

NARC. Bravo!

POLIC. Es poético esto, verdad?

NARC. Muy poético.

POLIC. Pero en fin, qué le dijiste á la criada?

NARC. Le pregunté con maña, sabe usted... Ahora es preciso andarse con tiento.

POLIC. Mucho cuidado! Mi posicion es delicadísima.

NARC. Me dijo que su señorita tiene un genio de mil demonios.

POLIC. Eso denota un corazon ardiente.

NARC. Que es capaz de habérselas con cualquiera.

POLIC. Eso prueba un alma bien templada.

NARC. Que es muy caprichosa y que cambia de opinion á cada momento.

POLIC. Todos los artistas son lo mismo.

NARC. Pero lo peor no es eso.

POLIC. Pues qué es lo peor?

NARC. Lo peor es que esta tarde abandona la córte.

POLIC. Dios mio!

NARC. Por eso he venido corriendo. Parece que va contratada á Toledo.

POLIC. Á Toledo?

NARC. Sí señor: aunque hay muchos empresarios que la solicitan. De todos modos si va á otra parte vendré círselo á usted.

POLIC. ¡Marcharse ahora que estaba decidido á todo! Eso es terrible! Horroroso! ¡Pero ah! Buena idea! ¡Si yo me marchase tambien!

NARC. Usted?

POLIC. Justamente acabo de heredar una suma cuyo empleo nos tenía preocupados. En los viajes hay más intimidad; puede uno irse á vivir á la misma fonda; verse á cada momento y... Silencio, mi mujer.

ESCENA VI.

DICHOS, GERTRUDIS.

GERT. ¡Cómo! Usted aquí otra vez? Yo creí que había usted terminado sus servicios esta mañana.

POLIC. (Demonio.)

NARC. Sí señora, pero venía á traerle á usted la caja de polvos de arroz que me había usted encargado.

GERT. Ah! Eso es otra cosa. Démela usted.

NARC. Si lo grande es que me he venido sin ella.

GERT. Hombre!

NARC. Pero en un momento estoy aquí. Voy á buscarla. (Váse.)

ESCENA VII.

POLICARPO, GERTRUDIS, luégo ANITA.

GERT. Y qué? Has decidido ya lo que debemos hacer con nuestra herencia?

POLIC. (Ella misma me abre camino.) Sí señora.—Anita. (Llamando.) Es necesario que oiga tambien mi decision.

ANITA. Quién me llama?

POLIC. Ven acá.

GERT. Tu padre va á decirnos lo que ha resuelto.

ANITA. Escuchemos.

POLIC. Despues de maduras y profundas reflexiones, y con objeto de contentar á todo el mundo, he dividido la suma en tres partes. Seis mil reales para completar el *trouseau* de Anita.

ANITA. Eso me agrada!

POLIC. Cuatro mil para arreglar tu tocador.

GERT. Y el resto?

POLIC. El resto servirá para robustecer nuestra salud.

GERT. Eh?

ANITA. Cómo?

POLIC. Sí señor! Hoy mismo nos marchamos.

GERT. Dónde?

POLIC. Á viajar!

ANITA. Marcharnos de Madrid cuando va á venir mi futuro...

POLIC. Pero si este es un viaje corto: quince dias solamente. Tu futuro no piensa venir hasta dentro de un mes.

GERT. Si vieras cómo me fatigan los viajes.

POLIC. Te fatigan? Pues me iré solo.

GERT. ¡Jamás! Eso nunca!

POLIC. (Vana esperanza.) ¡No! já, já! Ha sido una broma! Cómo había yo de dejarte, pichoncita mia! Precisamente lo reclama tu salud. Y por eso he dispuesto la escursion.

GERT. Pero si yo estoy buena!

POLIC. Eso te figuras, pero no es verdad.—Ayer me lo decía el médico á quien encontré en la esquina. ¡Su mujer de usted no me gusta á mí mucho!...

GERT. Ah! Te decía eso?

POLIC. Es necesario... airearla! Ahora entra la primavera ¡y hay que tener mucho cuidado,

GERT. Ay! ¡Qué tendré yo, Dios mio!

ANITA. Y dónde iremos, papá?

POLIC. Podemos ir... á Toledo. Os parece bien?

GERT. ¿Á Toledo?

POLIC. Es una ciudad encantadora! (Á Anita.) Toledo...

ANITA. Capital de provincia á orillas del Tajo. Veinte y tres mil habitantes. Mucho mazapan.
POLIC. Lo ves? Debe ser excelente para tu salud.
GERT. De ese modo...
POLIC. Vaya! Corre á hacer el baul.
GERT. Pero decididamente nos vamos hoy?
POLIC. Tu salud lo exige.
GERT. ¡Y yo que como tambien!
POLIC. Esa es tu enfermedad precisamente. Me ha dicho el médico que estás criando mucha carne fofa.
ANITA. Voy á prepararlo todo. (Váse.)
POLIC. (Vencí!)

ESCENA VIII.

DICHOS, NARCISO.

NARC. Ya estoy de vuelta.
GERT. Pero por qué se ha molestado usted? No corría tanta prisa.
NARC. No es molestia, señora.
POLIC. (Ocurrirá algo?)
NARC. Aquí tiene usted su cajita. (Dándola á Gertrudis.)
GERT. Muchas gracias, Narciso. (La coge y va á colocarla en la mesa. Narciso mientras entrega un papel á Policarpo.)
NARC. Y ahora, hasta mañana. Adios, señora. Abur, don Policarpo. (Váse.)
GERT. Vaya usted con Dios.

ESCENA IX.

DICHOS, ANITA.

ANITA. Llevaremos el mundo, tia?
POLIC. (Leyendo el papel.) («A Canarias.»—¡Diablo! Se va á Canarias?)
GERT. Para qué? Dos maletas serán suficientes.—Quince dias en Toledo...
POLIC. ¿Cómo en Toledo? Quién ha dicho Toledo?

GERT. Cómo que quien lo ha dicho? ¡Tú!
POLIC. Yo he dicho Toledo? ¡Oh! ¡Imposible!
LAS DOS. Cómo?
POLIC. ¡De todo punto imposible!
GERT. Por qué?
POLIC. Por... porque Toledo es un país montañoso y te haría mucho daño.
GERT. Entónces...
POLIC. Es preciso buscar un punto donde el aire sea más puro. ¿Dónde hay un aire puro?—Ah! Ya sé! En Canarias.
GERT. Estás loco?
POLIC. Nada! Nos vamos á Canarias! Tu salud es lo primero.
GERT. Pero es un viaje muy costoso!
POLIC. No importa. Cuando se trata de tu salud gasto yo cuanto tengo.
GERT. Y para llegar hasta allí es preciso embarcarse.
POLIC. Y qué?
GERT. ¡Que me voy á poner muy mala!
POLIC. ¡Ya lo sé! Pero tu salud es antes que todo.
GERT. ¡Repito que es una locura!
POLIC. ¡Pues bien! Yo, que considero el viaje como cuestion de conciencia, no puedo transigir. De modo que quieras ó no, nos vamos esta misma noche!
GERT. Ah! Si lo tomas de esa manera tendré que acomodarme á tu gusto.—Ven, Anita. Vamos á preparar el mundo. (Vánse.)

ESCENA X.

POLICARPO, luégo ADELA.

POLIC. ¡Un viaje á Canarias! Quién había de haberme dicho hace media hora que me iba á marchar á Canarias? Pero aunque fuese á China me iría yo con tal de conseguir los favores de mi objeto adorado! Parece mentira cómo se conserva el corazon á los cincuenta años! El mio es una bomba Orsini.
ADELA. (Desde la puerta.) ¿Es aquí la almoneda, caballero?

POLIC. Eh? (Viéndola.) (Santo Dios! Adela!)

ADELA. No me he equivocado de cuarto?

POLIC. No! Pase usted. Pase usted adelante.—(Ella en mi casa?—¡Ay! La emocion me ahoga.)

ADELA. Con permiso de usted. Esa escalera es atroz. (Se sienta.)

POLIC. Sí. ¡Muy atroz! Cuando las casas son viejas y las escaleras son nuevas, y los... (Yo sí que estoy atroz!)

ADELA. Diga usted, la almoneda es general? (Levantándose.)

POLIC. Casi! Lo vendemos todo excepto algunos objetos de nuestro uso favorito.

ADELA. Y no tiene usted ningun piano? Porque lo que yo necesito es un piano.

POLIC. No! Es el único instrumento que no hay en casa. Pero no importa. Si usted quiere un piano lo tendrá.

ADELA. Yo soy artista, sabe usted? Artista lírica.

POLIC. Oh! La conozco á usted mucho.

ADELA. Me ha visto usted trabajar?

POLIC. Todas las noches. Yo estaba abonado en la batuca... Digo, en la butaca..

ADELA. ¡Calle usted! Sí, sí! Usted es áquel viejo que se subía en la butaca para aplaudir!

POLIC. Justo! Yo me subía en... ¡Pero en cuanto á viejo no lo soy tanto!

ADELA. ¡Oh! No! He dicho eso como podía haber dicho otra cosa.

POLIC. ¡Ah! Comprendo! (Qué otra cosa podría haber dicho?)

ADELA. Por lo visto es usted uno de mis apasionados?

POLIC. El mayor de todos!

ADELA. ¡Hola!

POLIC. No es entusiasmo lo que usted me produce, es locura. ¡Frenesí! Cuando usted canta, su voz de usted recorre todas mis entrañas y penetra en mis nervios como una descarga eléctrica.

ADELA. Y en qué género le gusto á usted más?

POLIC. En todos! En el masculino, en el femenino, en el neutro... en todos!

ADELA. No! no! Quiero decir si le gusto á usted más en lo serio que en lo cómico.

POLIC. En lo serio me hace usted reir y en lo cómico llorar. Digo, no, al revés.

ADELA. Gracias, amigo mio! ¡Usted comprende á los artistas!

POLIC. Oh! Si usted pudiese á su vez comprenderme á mí?

ADELA. Es usted tambien artista?

POLIC. Un poco! Toco la ocarina en mis ratos perdidos! Pero hay aquí un fuego!... Una pasion, un... Oh, Adela! Permita usted que aprovechando este momento se desahogue un corazon enamorado!

ADELA. ¿Enamorado? (Sorprendida.)

MUSICA.

POLIC.
Desde el instante en que la ví
no pude ser dueño de mí.
Tanta hermosura me cegó
y mis sentidos trastornó.

ADELA.
Ya lo dije yo.

POLIC.
Si usted no quiere asesinar
á quien la adora con tal fé,
una esperanza me ha de dar
como en mis sueños me forjé.

ADELA.
¡Qué me cuenta usted!

POLIC.
¿En qué quedamos?
Responda al fin.
Dígame si le hago
ó no le hago tilin.

—

ADELA.
Aunque usted es muy galante
yo le debo contestar,
que no puedo en este instante
sus obsequios aceptar.
Si hondo fuego le devora,
si le agita tal pasion

con el alma lo deplora
mi afligido corazon.

—

Yo adoro el arte—con ciego afan
y á él solamente—puedo adorar.

—

Los triunfos que en la escena
alcanzo yo—son mi ideal.
Y cuando más me aplauden
mi corazon—palpita más.
Coronas y laureles
con dulce amor—ciñen mi sien
queridas ilusiones
que sin cesar—acaricié.

—

Cuando un amante
fino y constante
de sus amores
me viene á hablar,
tan dulce calma
reina en mi alma
como sereno
reposa al mar.

LOS DOS. Los triunfos que en la escena, etc.

HABLADO.

POLIC. Y no siente usted nada, no desea nada, no ambiciona nada?

ADELA. Brillar, obtener un nombre glorioso!

POLIC. ¡Ya! ser una especie de Alejandro el Grande ó de Boabdil el Chico.

ADELA. Soy una huérfana, caballero! No tengo más patrimonio que mi talento, ni más porvenir que mi trabajo.

POLIC. Oh! No piense usted en el porvenir! Eso corre de mi cuenta.

ADELA. Usted es rico?
POLIC. Lo bastante para asegurarle á usted una vida de rechupete.
ADELA. Y se casaría usted conmigo si yo aceptase?
POLIC. Pues no me había de casar! (Algo difícil me parece!)
ADELA. ¡Usted comprende á los artistas!
POLIC. Aunque los he estudiado poco los tengo aquí dentro.
ADELA. Usted es un hombre de mundo.
POLIC. De mundo? Ya lo creo! Esta noche me voy á Canarias.
ADELA. Á Canarias?
POLIC. Sí. No es á Canarias donde va usted contratada?
ADELA. No señor. He cambiado de idea.
POLIC. (Demonio! Otra vez.) Y dónde va usted ahora?
ADELA. Á Astorga.
POLIC. (Pues no es nada lo del ojo!) Bien! Me marcharé á Astorga. Estoy decidido á ir donde usted vaya.
ADELA. ¡Oh! Eso me enorgullece! Adios, amigo mio. No se olvide usted de mandarme el piano. Aquí están las señas de mi casa. (Dándole una tarjeta.)
POLIC. Hoy mismo lo tendrá usted.
ADELA. ¡Usted comprende á los artistas!
POLIC. De cola?
ADELA. Eh?
POLIC. Hablo del piano.
ADELA. Me es igual. Con tal que suene!...
POLIC. Pero diga usted, si nos marchamos de Madrid, para qué quiere usted ese estorbo en casa?
ADELA. Lo necesitaré á mi vuelta.
POLIC. Bien, bien.
ADELA. Adios. Hasta la vista! (Váse.)
POLIC. Adios. (Tirándola besos.) ¡Hasta Astorga!

ESCENA XI.

POLICARPO, luégo GERTRUDIS y ANITA.

POLIC. ¡Divina, encantadora! Hechicera! Despues de háber hablado con ella mi entusiasmo es mucho mayor.

GERT. (Saliendo por la derecha.) He puesto en el cofre una docena de camisas. No creo que necesitarás más para el viaje.

POLIC. Me parecen bastantes. Ah! Que no olvides el frac y las corbatas blancas.

GERT. (Llamando.) Niña, Anita.

ANITA. Que desea usted, mamá?

GERT. Acuérdame que hay que meter en el mundo el frac y las corbatas blancas de tu padre.

ANITA. Bueno.

GERT. Te advierto que sólo llevamos lo preciso. Para qué hemos de cargar con mucha ropa?

ANITA. Se tarda mucho en la travesía?

POLIC. Cómo en la travesía?

GERT. Pregunta que si estaremos muchos dias embarcados.

POLIC. Embarcados? Dónde?

GERT. Dónde ha de ser? En el vapor.

POLIC. En qué vapor?

GERT. En el vapor de Canarias.

POLIC. Canarias? Quién ha dicho Canarias? De dónde habeis sacado eso de Canarias?

GERT. ¡Ay, Anita, tu padre ha perdido el juicio!

POLIC. No, no! Expliquémonos! Aquí ha debido haber un error.

GERT. Conque no nos dijiste hace un rato que preferías Canarias á Toledo?

POLIC. Bien! Eso sí! Entre Canarias y Toledo prefiero Canarias. Eso dije! Que prefería Canarias. Pero no dije que iríamos á Canarias.

ANITA. Sí, papá eso dijiste.

GERT. Pues no se atreve á negarlo?

POLIC. Lo dije? Ea. Pues no supe lo que me díge. Á cualquiera le ocurre decir una cosa sin saber lo que se dice.

GERT. Ya lo pensé yo! Era una locura.

POLIC. ¡Ahi es nada! Á Canarias! Un pais tan cálido, cuando lo que precisamente te hace á tí falta es un pueblo frio, seco, dónde se te aprieten las carnes.

GERT. Y acabaremos al fin de saber qué pueblo es ese?

POLIC. Qué pueblo ha de ser si no hay más que uno en España, de esas condiciones. Sano, frio y barato... Astorga!

GERT. Pero qué viajes tan particulares piensa este hombre!

POLIC. Porque busco lo más conveniente para tu salud. Sabe tú lo que es pasar quince dias en Astorga? Las mantecadas sólo resucitan á un muerto. Vaya, vaya, daos prisa, que se hace tarde.

GERT. Bueno. Quedamos en Astorga.

POLIC. Sí, mujer.

GERT. No vayamos á salir luégo con otra música. (*Vánse.*)

ESCENA XII.

POLICARPO.

POLIC. ¡Uf! No he sudado poco para arreglar el maldito viaje. Pero al fin las he convencido y ya no hay nada que temer.

ESCENA XIII.

DICHO, PEDRO y GERTRUDIS, *que arrastran un mundo lleno de ropa en medio de la escena.*

PEDRO. Ande usted, señora, ande usted.

GERT. Cómo pesa el maldito!

POLIC. Qué es esto? para qué lo traeis aquí?

GERT. Porque la alcoba es tan estrecha que apenas cabemos. Tráete aquella ropa. (*Pedro se marcha.*) Lo peor de los viajes es hacer el baul.

PEDRO. (*Saliendo con muchos vestidos.*) Tome usted.

GERT. (*Colocándolo todo en el baul.*) Dame. Hay que llevar lo preciso. Nada más que lo preciso.

ANITA. (*Saliendo cargada de ropa.*) Aquí está esto, mamá. (*Todos arreglan el baul.*)

GERT. No hay peor cosa que cargar en los viajes con mucha ropa.

POLIC. Naturalmente, siempre son estorbos. (Pedro vuelve á salir cargado de ropa.)

PEDRO. Tome usted, señora.

POLIC. Pero dime! Es todo esto lo preciso?

GERT. ¡Si apenas llevamos nada!

POLIC. Ah! ¿Esto es no llevar nada? Pues el dia que viajes con algo metes el sofá y las butacas.

GERT. Advierte que somos tres personas, y que sólo hay dos mundos llenos allí dentro.

POLIC. ¡María Santísima!

GERT. (Á Anita.) No has olvidado nada?

ANITA. Nada.

GERT. Pues ya podemos cerrarle. (Cierran el baul pero la cubierta no encaja.)

PEDRO. No encaja, señora.

GERT. Aguarda. (Se sube sobre el baul.)

ANITA. Tampoco, mamá.

GERT. Súbete tú. (Sube Anita.)

PEDRO. Ni por esas.

POLIC. ¡Pero si Anita no pesa seis adarmes!

PEDRO. Á ver si ahora puede usted cerrar. (Sube en el baul.)

POLIC. Falta una línea!

GERT. ¡No sé cómo es esto, porque apenas lleva ropa!

POLIC. (Subiendo sobre el baul que cierra completamente.) ¡Ajajá! Ahora sí que ha encajado!

GERT. Y cómo echamos la llave?

POLIC. Es verdad! No hay más remedio que aguardar que venga alguna visita.

GERT. ¡Pues vamos á estar divertidos!

POLIC. Cállate! Álguien suena por ahí.

ESCENA XIV.

DICHOS, D. ZACARÍAS.

ZACAR. El señor don Policarpo Arganzuela?

POLIC. Ade lante! pase usted adelante!

PEDRO. Ah! Es el caballero que vino esta mañana. El que trajo la caja.

ZACAR. El señor don... (Viéndoles.) (Qué hará esta gente ahí subida?)

POLIC. ¡Beso á usted la mano!

ZACAR. (Si se estilará esto ahora?)

POLIC. Dispense usted, caballero, si me tomo la libertad de suplicarle... Pero si quisiera usted echar la llave...

ZACAR. Dónde?

POLIC. Ahí abajo. En el baul. Dispense usted si le molesto.

ZACAR. (Echando la llave.) Ya está. (Todos descienden.)

POLIC. (Bajando.) Un millon de gracias.

ZACAR. No hay de qué. (Váse Pedro.)

POLIC. Y podré saber, caballero, el motivo...

ZACAR. Zacarías Moliné, escribano del juzgado de Betanzos.

POLIC. Ah! usted es...

ZACAR. Sí señor. Yo soy quien esta mañana trajo...

POLIC. El pañuelo de Atanasio? ¡Pobre primo! Crea usted que la noticia de su muerte nos ha producido un dolor horrible. No es verdad?

GERT. Horrible!

ZACAR. Y se ha hecho usted cargo de la suma que en dicha prenda se encerraba?

POLIC. Sí señor. Diez y ocho mil ochocientos reales.

ZACAR. Exacto. Esa cantidad debe servir para las primeras averiguaciones.

TODOS. Qué averiguaciones?

ZACAR. Ustedes lo comprenderán cuando les haya referido la dolorosa historia de ese medio pañuelo!

POLIC. Eh?

GERT. Cómo?

ZACAR. Esa prenda perteneció á una mujer muy desgraciada. Atanasio me lo contó todo poco ántes de su muerte, Fígúrense ustedes que es el mismo Atanasio quien habla.

———

MUSICA.

Era una tarde
de primavera
dulce y tranquila,
clara y serena.
Aquella tarde
del mes de Abril
cantaba el grillo
cri, cri, cri, cri.

—

El campo sembrado
de frutos y flores
y el bosque poblado
de mil ruiseñores.
(Imita el canto del ruiseñor.)

—

¡Qué tarde aquella!
Triste ilusion,
palpita al recordarla
mi corazon.

TODOS. En fin, ¿en dicha tarde
qué diablos ocurrió?

—

ZACAR. Yo salí por el campo,
rocorrí la pradera
y en el bosque vecino,
ví una niña hechicera.
Me acerqué cauteloso.
Admiré su semblante,
la ofrecí nombre y mano,
y... ya he dicho bastante.

TODOS. ¡Oh qué maldad!
¡Qué atrocidad!
Reprimir debió el infame
los impulsos de la edad.

ZACAR. Ingrato y pérfido
la abandoné.
Y marchándome á América
no la volví á ver.
Yo recordaba cuando partí
el grillo que cantaba
y el ruiseñor que oí.
Una niña de aquellos amores
me dijeron despues que nació
y la madre tras mil sinsabores
este mundo por siempre dejó.
Al volver á mi patria querida
á la niña no logro encontrar,
y aunque casi me siento sin vida
un recuerdo me viene á turbar,

TODOS. Qué recordaba
con tal dolor?

ZACAR. El grillo que cantaba
y el tierno ruiseñor.

TODOS. Prosiga usted la historia.

ZACAR. Muy poco queda ya.
La historia es que á esa niña
La debe usted buscar
segun fué del finado
la expresa voluntad.

TODOS. La niña perdida
es fuerza encontrar.
En dónde esa niña,
en dónde estará?
Ven, ven, sal, sal.
La niña me parece
que no se encontrará.

HABLADO.

POLIC. Y dónde diablo voy yo á buscar á esa niña perdida?

GERT. Hace veinte años.

POLIC. Sin más indicio que este pedazo de trapo de la madre.

ZACAR. Advierta usted que tiene la marca J. S. Joaquina Simona.

POLIC. Y qué? Busque usted á la hija de la Simona por el mundo!

GERT. Como si no tuvieramos otra cosa que hacer!

ZACAR. Segun datos, esa niña debe hallarse en Madrid, pues aquí fué donde murió su madre.—Pero falta lo principal.

POLIC. Eh?

ZACAR. Poco ántes de morir su primo de usted me entregó su testamento cerrado. Despues me entregó este otro documento que dice así: (Saca un pliego y lee.) «En América realicé una gran fortuna. Dejo al morir dos millones. Uno para la hija cuyo paradero ignoro, y que debe llevar el nombre de Simona, y otro para mi primo Policarpo.»

POLIC. Para mí?

GERT. y ANITA. ¡Dios mio!

POLIC. Oh alma noble y desinteresada!

ZACAR. (Leyendo.) «En mi testamento designo el lugar donde esa suma se halla depositada; pero dicho testamento no deberá abrirse hasta el término de dos meses contados desde la fecha de mi muerte, y á la misma hora en que yo fallezca. Si durante esos dos meses no ha encontrado mi primo á mi hija, los dos millones serán para los pobres.»

POLIC. Demonio!

ZACAR. «Si mi hija parece, será necesario que Policarpo la recoja, y la sirva de padre; sólo entónces deberá repartirse la suma como ántes indiqué.»

POLIC. Ah! De modo que...

ZACAR. De modo que su primo de usted murió el treinta y uno de Mayo á las cinco en punto de la tarde. Si el treinta y uno de Julio á la misma hora ha encontrado usted á su hija, y le ha servido usted de padre, el testamento

será abierto. De otro modo los dos millones serán para los pobres.

POLIC. Pronto! ¡Mi sombrero!

GERT. ¿Dónde vas?

POLIC. ¡Á buscar á Simona! ¡Mi sombrero!

ANITA. (Entra corriendo por la derecha.) ¡Al instante!

GERT. ¡Un millon!

POLIC. Tú vé en casa de tus amigas.—Pregunta al panadero, á todo el mundo.

GERT. Pedro! Pedro! (Sale Pedro.) ¡Mi mantilla, en seguida! (Váse Pedro.)

ANITA. (Con el sombrero.) Aquí está el sombrero.

POLIC. ¡Vé tú tambien! Vé tú tambien.

ANITA. Dónde?

POLIC. Á la vecindad! Inquiere, hija mia, inquiere!

PEDRO. (Saliendo.) La mantilla.

ANITA. Voy por mi sombrero. (Váse.)

POLIC. (Á Pedro.) Dime, has conocido tú á alguna Simona en tu vida?

PEDRO. No señor. Todos han sido Simones.

POLIC. Animal!

MÚSICA.

TODOS.
Vamos sin dilacion
á buscar el millon.
Por acá, por allá,
todo se correrá.

—

Todo el vecindario—hay que recorrer,
luégo las Vistillas,—luégo Lavapiés.
Piedra sobre piedra—hay que remover,
hasta que á la chica—logremos tener.
Vamos á buscarla—sin dilacion,
que esto y más se hace—por un millon.
Un millon, un millon.

—

Tú por acá,—tú por allá,
sin desistir,—sin desmayar,
si hay que subir,—si hay que bajar.
Aunque arrojemos el pulmon,
porque quién no lo arroja
por un millon?

—

(Vánse corriendo por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

PEDRO, luégo POLICARPO.

PEDRO. Arreglemos un poco esta habitacion. (Lo hace.) Desde hace dos meses nada se hace aquí con concierto. Ni se almuerza, ni se come, ni se duerme. Todos corriendo como locos en busca de una muchacha que no parece por ninguna parte. Yo sólo me ocupo en hacer agua de naranja. Se me beben al dia tres kilómetros.

POLIC. (Saliendo muy agitado.) Pedro!

PEDRO. Señorito.

POLIC. Un refresco!

PEDRO. En seguida. (Váse.)

POLIC. (Sentándose.) ¡No puedo más! ¡Esta duda es imposible! Desde hace dos meses ando un dia con otro doce leguas cuadradas. ¡Y los médicos que me habían prohibido el ejercicio!

PEDRO. (Saliendo con un refresco.) Tome usted señorito. Está recien hecha!

POLIC. Gracias. (Bebe.)

PEDRO. Anduvo usted mucho?

POLIC. He recorrido todo el barrio de la Latina.

PEDRO. Y ha sacado usted algo en limpio?

POLIC. Nada Pedro! No he tropezado con el más pequeño rastro. ¡Y hoy espira el plazo!

PEDRO. Hoy?

POLIC. Sí! Dentro de hora y media el millon pasará á los pobres.

PEDRO. Qué lástima!

POLIC. Dímelo á mí! Un millon que se me va de entre las manos como si fuese una anguila. Estar saboreando cincuenta mil duros para quedarse luégo sin un cuarto!

PEDRO. Pero han buscado ustedes bien?

POLIC. ¡Que si hemos buscado! ¡Como perros! Dividimos Madrid en tres zonas. Levante, poniente y septentrion! Esta idea fué de mi hija. Como está tan fuerte en geografía!... Pues bien. Yo soy levante. Don Zacarías poniente y mi mujer septentrion.

PEDRO. Y ni por esas?

POLIC. Ni por esas!

MÚSICA.

Calle de la Esperancilla
una huérfana encontré,
hija de una tal Simona
que murió el cuarenta y tres,
pero esta no es.

—

En la calle de Juanelo
á una chica fuí á ver,
y su novio, que es muy bruto,
me arrimó dos puntapiés,
pero esta no es.
En la plaza del Progreso
ví á Jacinta y Concepcion.

No han tenido padre nunca,
pero esas no son.

—

Ví dos poetisas—tres costureras,
cinco cantantes—seis confiteras
y cuatro chulas—de Lavapiés,
pero de todas estas—ninguna es.

—

(Ántes de dar la nota final vuelve á beber otro refresco que Pedro le presenta.)

ESCENA II.

DICHO, NARCISO.

HABLADO.

NARC. Está usted visible?

POLIC. Eres tú? (Á Pedro.) Pedro, márchate. (Váse Pedro.) Sabes algo? Has descubierto algo?

NARC. Nada, don Policarpo!

POLIC. ¡Fatalidad!

NARC. Á todos los parroquianos he contado la historia del pañuelo, pero ninguno se ha dado por entendido.

POLIC. Y sin embargo, el hecho es cierto. Esa jóven existe.

NARC. Diga usted, don Policarpo, y si ha muerto?

POLIC. Entónces no existe. Pero era preciso saberlo, probarlo... Oh! Tú no sabes cuánto sufro! Dentro de una hora y veinte minutos, adios ilusiones, adios esperanzas, adios riqueza!

NARC. ¡Y todo por un millon!

POLIC. ¡Hombre! Pues me gusta el tonillo de desprecio! Te parece floja la suma?

NARC. No señor. Pero qué quiere usted? Yo no me tomaría esos malos ratos por todo el oro del mundo.

POLIC. Porque tú eres barbero y los barberos no tienen aspiraciones.

NARC. Cómo que no?

POLIC. No señor! Todas se reducen á desollar mejor ó peor; pero yo! Yo que soy un hombre de imaginacion y de inteligencia! Para mí es horroroso!

NARC. No se aflija usted. Yo le traigo á usted en cambio una buena noticia.

POLIC. Eh? Una buena...

NARC. Sí señor. (Bajando la voz.) ¡Acaba de llegar!

POLIC. La noticia?

NARC. No señor! ¡Adela!

POLIC. (Muy alegre y bajando la voz.) ¡Cómo! Ha vuelto?

NARC. Hace media hora.

POLIC. De Astorga?

NARC. Quiá! No señor! Si al fin no se marchó á Astorga. Se marchó á Segovia y sus contornos á dar sesenta funciones.

POLIC. El maldito asunto de mi primo descompuso todos mis planes. Conque ha vuelto? ¡Oh dicha! Y cómo ha vuelto?

NARC. Mucho más bonita que se marchó.

POLIC. De veras?

NARC. Me parece que está más gruesa y más encarnada!

POLIC. ¡Tú no sabes lo que nutren los aires de Segovia!

NARC. Conque yo me dije: corro á prevenir á don Policarpo.

POLIC. Gracias! Eres una alhaja, Narciso. En la situacion desesperadísima en que me encuentro, sólo esa mujer puede... distraerme un poco.

NARC. Pues ya que lo sabe usted me marcho en seguida, no sea que haga falta en el establecimiento.

POLIC. Bueno, adios. No dejes de hablar con la doncella, eh?

NARC. Qué lo he de olvidar? Esa corre de mi cuenta.

POLIC. Ah, picaron!

NARC. Qué quiere usted! No se va á estar uno con los brazos cruzados!

POLIC. No, hijo, ábrelos, ábrelos cuanto puedas!

NARC. Vaya, hasta luégo, don Policarpo. (Váse.)

ESCENA III.

POLICARPO, luégo GERTRUDIS, ANITA y PEDRO.

POLIC. Su ausencia era otro nuevo aguijon que me traspasaba el alma! Pero una vez que ha vuelto, yo volveré tambien á encender mis baterías y haré fuego sobre el baluarte de su corazon.

GERT. (Dentro.) Pedro, Pedro.

POLIC. ¡Mi mujer! ¡Pedro!

PEDRO. (Saliendo con dos refrescos.) Aquí está recien hecha.

GERT. (Saliendo con Anita.) ¡Qué calor! tengo seca la garganta. (Bebe.)

ANITA. ¡Y yo me ahogo! (Id.)

POLIC. Pronto! Sabeis algo? Hay algun indicio?

GERT. Todo inútil!

ANITA. ¡Nada hemos descubierto!

PEDRO. (Marchándose.) (Así están hace dos meses.)

POLIC. Me daría de puñetazos!

GERT. No ha vuelto don Zacarías?

POLIC. Todavía no!

ANITA. Tal vez sepa algo por su parte.

POLIC. No lo creas, hija mia! La desgracia nos persigue en este maldito negocio.

GERT. Yo he visitado á todas mis amigas, á todas mis conocidas. Y cuidado que lo que ellas no sepan no lo sabe nadie. Pero nada! Ní por asomo!

POLIC. Como no caiga de un árbol ó brote de la tierra como una zanahoria...

ESCENA IV.

DICHOS, ZACARÍAS.

ZACAR. Y como no brotará, á las cinco la voluntad del difunto será cumplida.

POLIC. Ah! Es el bueno de don Zacarías. Desde hace dos me-

ses nos ayuda en nuestras pesquisas con un interés inaudito.

ZACAR. Pero sin resultado.

POLIC. Ya lo veo!

GERT. Maldita suerte!

POLIC. ¡Ah! (Dando un grito.)

TODOS. Qué?

POLIC. Que hemos olvidado lo principal. Aún es tiempo de hacerlo. Vaya usted, don Zacarías!

ZACAR. Dónde?

POLIC. Á poner un anuncio en los periódicos con cada letra como un melon.

GERT. Pues es verdad!

ANITA. Sí, papá.

ZACAR. La publicidad suele producir buen efecto. Casi todos los perros que se pierden se encuentran por ese medio.

POLIC. Y podemos ofrecer una recompensa.

ZACAR. Justo. «Se desea encontrar á una jóven perdida...»

POLIC. No, hombre! Eso no está bien redactado! «Á una jóven que se perdió...»

ANITA. Tampoco, papá.

POLIC. ¿Pues cómo, vamos á ver?

GERT. Yo pondría solamente: «Se darán veinte reales de gratificacion á quien la encuentre.»

POLIC. ¿Pero á quién van á encontrar?

GERT. Toma! Ya se supone!

POLIC. Don Zacarías y yo lo pensaremos por el camino. Vamos, no hay que perder tiempo.

ZACAR. Cuando usted guste.

POLIC. ¡Yo voy á morir de esta hecha! (Vánse.)

ESCENA V.

GERTRUDIS, ANITA.

GERT. Mientras vuelven descansaré un momento. Estoy fatigadísima!

ANITA. Sí! Vaya usted, mamá.

GERT. Te prohibo que bajo ningun concepto turbes mi reposo. Si viene álguien dí que no estoy en casa.

ANITA. Así lo haré.

GERT. Llevo sesenta dias sin cerrar los ojos.

ESCENA VI.

ANITA, luégo TEODORO.

ANITA. ¡Naturalmente! Las emociones producen el insomnio! Tambien estoy yo muy cansada! ¡Qué lástima de millon! Yo que pensaba ir á la Castellana todas las tardes en carretela abierta... con un vestido nuevo... Tendré que contentarme con ir á pié... y sin vestido.

TEOD. (Saliendo por el foro.) Santas y buenas tardes.

ANITA. Beso á usted la mano.

TEOD. (Viendo á Anita.) Pero sí! Gran Dios! Es ella! ¡Reconozco su nariz! ¡Mucho más guapa que el retrato! ¡Pero muchísimo más guapa!

ANITA. Pero quién es usted? Qué desea usted?

TEOD. Que quién soy? No la dice á usted nada su corazon?

ANITA. Á mí?

TEOD. No le dice á usted... Ese jóven que hace una hora llegaba á la coronada villa, es... Teodoro, tu prometido, tu futuro, tu cónyuge presunto!

MUSICA.

Yo soy Teodoro—pico de oro,
más elocuente—que Castelar.
No hay diputado—tan afamado
ni en la Península—ni en Ultramar.

—

En mi pueblo—todo el mundo
mis discursos—escuchó.
Soy filósofo—profundo

y esto lo aseguro yo.
Cuando subo á la tribuna
y me pongo á discernir
elocuencia no hay ninguna
que me pueda combatir.

—

Yo soy Teodoro—pico de oro... etc.

—

Una tarde—hablé de historia,
y otra tarde—de moral,
y las dos dejé—memoria
de mi genio colosal.
Que al notar las maravillas
del discurso que solté
me tiraron cuatro sillas,
ocho tazas y un quinqué.

—

Yo soy Teodoro—pico de oro... etc.

HABLADO.

ANITA. Calle usted, creo que siento pasos! (Acercándose al foro.) Ah! Es mi papá. Gracías á Dios.

ESCENA VII.

DICHOS, D. POLICARPO.

POLIC. Ya hemos dejado el anuncio en la imprenta.
TEOD. (Abrazándolo.) Papá de mi corazon!
POLIC. ¡Canario!
TEOD. Suegro de mi alma y de mi vida!
POLIC. Eh! Demonio! Que me ahoga usted.
ANITA. Es Teodoro, papá.
POLIC. Calla! Teodoro?
TEOD. No me ha reconocido usted en la alegría de mis manifestaciones?
POLIC. Yo, cuando...

TEOD. (Sin dejarle hablar.) En la expontaneidad de mis movimientos?

POLIC. Sí, pero digo que...

TEOD. En el indeleble parecido de mi fisonomía con la de mi padre?

POLIC. Sin embargo...

TEOD. Porque nos parecemos como dos gotas de agua.

POLIC. Yo iba á decir...

TEOD. Y desde pequeñito! Desde chiquirritito...

POLIC. ¡Pero hombre, quiere usted callar!

TEOD. Ah, sí señor! Dispense usted. Yo me distraigo! Acostumbrado á los arranques de mi elocuencia! Soy una especie de manantial. Abro el grifo y paf!

POLIC. Pues ya hay bastante agua! (Tapándole la boca.)

TEOD. Sí señor.

POLIC. Iba á decir que como no le esperábamos á usted hoy...

TEOD. Hemos querido sorprender á usted.

POLIC. Y papá?

TEOD. Se ha quedado en la fonda algo indispuesto.

ANITA. Indispuesto?

TEOD. Una fluxion á la boca. Tiene el carrillo derecho lo mismo que un queso de Villalon.

POLIC. Pero por qué no ha venido aquí? Yo no puedo consentir que vivan ustedes en la fonda.

TEOD. ¡Incomodar á ustedes! Hollar los fueros de la hospitalidad como los alanos y los vándalos hollaron con su terrible planta la tierra española.

POLIC. (Adios! Otra vez soltó el grifo!)

TEOD. Sin embargo, si usted lo desea, y sólo por complacerle le diré á papá lo que usted acaba de manifestarme, y tal vez acceda á sus reiteradas súplicas trasladándose incontinenti á la casta mansion de su adorada hija.

POLIC. Diga usted. Le da á usted esto muy á menudo?

TEOD. El qué?

POLIC. Esta... comezon!

TEOD. ¡Soy muy elocuente, no puedo remediarlo!

POLIC. (Es capaz de volver loco al lucero del alba.) Bueno.

Pues vaya usted por su padre, y no haya excusas. Les aguardo á los dos.

TEOD. Anita: no han de pasarse quince minutos...

POLIC. Sin que yo vuelva. Ea! Ya está dicho.

TEOD. Adios, querido suegro.

POLIC. Adios.

TEOD. Si usted supiera la emocion que he sentido al ver á su hija.

POLIC. Me lo figuro. Vaya usted con Dios.

TEOD. Y no me tutea usted? Parece imposible!

POLIC. Hombre, yo...

TEOD. No me tutea usted cuando quizá mañana nos liguemos por el santo vínculo del parentesco. No me tutea usted cuando...

POLIC. Sí! Vete, vete! (Si no le tuteo me va á pronunciar otro discurso.)

TEOD. Hasta luégo.

POLIC. Ah! Oye!

TEOD. Diga usted.—¡Oh Anita!—Diga usted.

POLIC. Has conocido por casualidad á la hija de una tal Simona.

TEOD. Simona? No señor. En mi vida! Y cuidado que he conocido yo personas en este mundo! Voy á decirle á usted...

POLIC. No, mañana, mañana.

TEOD. Hasta luégo. (Váse.)

ESCENA VIII.

ANITA, POLICARPO.

POLTA. Ay papá! ¡Qué simpático es!

POLIC. Si no hablara tanto me gustaría más!

ANITA. Al contrario. Á mí me disgustan los hombres que no hablan.

ANIIC. ¡Pues con este vas á ser muy feliz, hija mia!

ANITA. Ya lo creo! Como que es el hombre que yo había soñado!

POLIC. Ah! Tú habías soñado con un organillo! Porque parece un organillo!

ANITA. Voy á anunciarle á mamá su llegada! Aunque me dijo que no la molestase, este es un caso excepcional. (Váse.)

ESCENA IX.

POLICARPO, luégo ADELA.

POLIC. Anda, corazon venturoso! Vea usted! La idea de casarse la vuelve loca de júbilo, y á mí me volvería loco lo contrario.

ADELA. (Saliendo en extremo agitada.) ¡Gracias á Dios! Buenos dias, caballero!

POLIC. Qué veo! ¡Adela!

ADELA. Vengo sofocada! He subido las escaleras de cuatro en cuatro! Tal era mi afan por encontrarle á usted.

POLIC. Cómo! Usted tenía afan por encontrarme? (¡Tenía afan por encontrarme!)

ADELA. Es cierto lo que me han dicho? Responda usted.

POLIC. Lo que le han dicho... quién?

ADELA. Mi doncella.

POLIC. (Ah! Sin duda Narciso le ha pintado otra vez mi ardiente pasion.) Pues no ha de ser cierto! Recuerde usted que yo mismo se lo indiqué á usted ántes de su viaje.

ADELA. Usted no me dijo nada de eso.

POLIC. Cómo que no? Conque hasta quedamos en que le mandaría á usted un piano de cola!

ADELA. Pero usted, de qué habla?

POLIC. De la cola! Digo, de mi amor, de mi pasion.

ADELA. Yo hablo del pañuelo.

POLIC. Cómo del pañuelo?

ADELA. Sí señor: segun le han dicho á mi doncella, usted busca con frenético ardor á una jóven cuyo padre acaba de morir.

POLIC. Ah! Sí! ¡Pero no la encuentro! Todo ha sido inútil.

ADELA. Oh! Apenas puedo contener mi emocion. Diga usted. Cómo se llamaba?

POLIC. Quién?

ADELA. El padre.

POLIC. Atanasio Arganzuela.

ADELA. Y la madre?

POLIC. Joaquina Simona.

ADELA. La madre desapareció?

POLIC. De Betanzos. Hace veinte años.

ADELA. Y el padre se marchó á América!

POLIC. Sí.

ADELA. Y no volvieron á verse?

POLIC. No.

ADELA. Pero él conservaba un recuerdo de la madre?

POLIC. Sí.

ADELA. Que Atanasio le ha legado á usted.

POLIC. No! Digo, sí!

ADELA. Medio pañuelo con las iniciales J. S.

POLIC. ¡Sí!

ADELA. Pues bien, caballero! ¡Mire usted el otro medio! (Mostrando otro medio igual.)

POLIC. ¡Gran Dios!

ADELA. Esa hija perdida...

POLIC. Siga usted.

ADELA. Esa pobre huérfana á quien usted busca con tanto afan...

POLIC. Siga usted.

ADELA. ¡Soy yo!

POLIC. Usted?—Ah! (Cae medio desmayado en sus brazos.)

ADELA. ¡Caballero!

POLIC. (Incorporándose.) ¡Y luégo dicen que mata la alegría! Conque es usted? Conque eres tú! Conque... (Llamando.) Gertrudis, Anita, Pedro! Ya pareció el otro medio!

ESCENA X.

DICHOS, GERTRUDIS, ANITA, PEDRO.

MUSICA.

GERT., ANITA, PEDRO. Qué ocurre? Qué pasa?
POLIC. Que al fin la encontré.
Que aquí está la hija
que tanto busqué.
GERT. ANITA, PEDRO. Oh Dios! Será cierto?
POLIC. (Á Adela.) Testifique usted.

—

ADELA. Yo soy la niña abandonada.
Nunca á mi padre conocí.
Yo de mi madre idolatrada
ese recuerdo recibí. (Señalando el pañuelo.)
Diez años tenía
cuando ella murió,
y lo guardaba todavía
como mi madre me encargó.
TODOS. Como su madre la encargó
diez años justos lo guardó.

—

ADELA. Huérfana y sola me he criado
Bien sabe Dios lo que sufrí.
Pero las hambres que he pasado
nunca dejaron huella en mí.
La fé y la constancia
me dieron valor,
y trabajé desde la infancia
con varonil y noble ardor.
TODOS. Supo luchar contra el dolor.
Esta muchacha es un primor.

—

ADELA. Hoy el cielo siempre justo
me ha querido consolar,

y del padre que he perdido
un recuerdo al fin me dá.
Oh qué placer,
Dios de bondad,
Oh qué placer
tan singular.
Oh qué placer, Dios de bondad!
siento hasta ganas de bailar.

—

POLIC. El millon que ya creía
imposible para mí,
hoy el cielo me lo envía,
buena breva conseguí.
Oh qué placer,
Dios de bondad,
oh qué placer
tan singular!

TODOS. ¡Oh qué placer!
¡Dios de bondad!
Siento hasta ganas de bailar. (Bailando.)
Tra, la, la, tralalá,
Tra, la, la.
Oh qué placer
mi corazon
sintió al influjo del millon.
Tirirón, tirirón, tirirón.

ESCENA XI.

DICHOS, D. ZACARIAS.

HABLADO.

ZACAR. (Acercándose asombrado, y colocándose en medio.) Qué algazara es esta?

POLIC. Mírela ustde! Es ella!

ZACAR. Ella?

GERT. Al fin la encontramos!

ZAGAR. Es ella?

TODOS. ¡Sí!

ZACAR. (Bailando.) ¡Oh qué sorpresa, tiririí!... Pero cuénteme usted, cómo ha sido esto?

GERT. Si! Sí! Cuéntanos cómo ha sido.

POLIC. Del modo más sencillo.

ADELA. Yo lo diré.

GERT. Que lo diga ella.

ZACAR. Sí! Que lo diga ella! (Es guapísima! Y dueña de un millon!) (Se arregla con coquetería la corbata, y se tira de los puños.)

ADELA. Cuando estuve aquí hace dos meses...

GERT. Aquí? Usted ha estado aquí?

POLIC. (Uf! Va á contarlo todo!) Yo lo diré! Yo lo diré.

GERT. No, no! Sepamos ántes! Dice usted que hace dos meses estuvo usted en esta casa.

ADELA. Sí señora: vine á ver la almoneda.

POLIC. Es verdad! Vino á ver la almoneda. Yo lo diré.

GERT. Siga usted.

ADELA. Pues bien: se acordará usted que aquella misma noche debía salir de Madrid. Y apropósito. Usted me dijo que haría el mismo víaje.

GERT. Eh?

POLIC. (Ay qué salero!) Sí! Hablamos de... y yo le dije que... Pero no divaguemos! (Ap.) (Cállese usted.) (Alto.) No divaguemos.

ADELA. Yo ignoraba entónces lo que buscaba usted con tanto ahinco. Pero hoy vuelvo de mi escursion, y mi doncella tropieza con un jóven que creo la corteja. Un oficial de peluquero.

PEDRO. ¡Será Narciso! (Acercándose por el hombro de Policarpo.)

POLIC. (Á Pedro.) Mira, márchate de aquí, animal!

PEDRO. Pero...

POLIC. Á la cocina.

PEDRO. Bueno, bueno. (Vásc.)

ADELA. Este muchacho habla siempre de usted.

POLIC. Es natural! Como me afeita todos los dias...

ADELA. Por él supo mi doncella las pesquisas que hacían ustedes, y á la primera palabra lo comprendí todo. Entónces, presa de aguda emocion, me apresuré á venir para escuchar de sus propios labios la historia que tanto me interesaba, y para decir á usted: yo soy la hija de Joaquina Simona. Yo poseo la prenda que mi madre me entregó al morir, y que segun me dijo probaría alguna vez mi procedencia.

ZACAR. Ha sido un milagro.

GERT. Pero usted no sabía nada de su padre?

ADELA. Yo no sabía nada, señora. Mi mamá me decía siempre: tu padre es un pillo, pero nada más.

ZACAR. Los informes no podían ser mejores.

GERT. Y cómo su padre de usted no ha logrado nunca encontrarla?

ADELA. Ah señora! Eso era muy difícil. Yo cambié de nombre. Simona no era el más apropósito para una artista.

POLIC. Quién aplaude á una Simona? Imposible!

GERT. Ah! usted es artista?

ADELA. Artista lírica.

GERT. Ya! Toca usted la lira?

ADELA. No, no! Lírica quiere decir de canto. Este caballero me ha visto trabajar.

POLIC. (No perdona ningun detalle.)

GERT. Pues tampoco me ha dicho nada.

POLIC. ¡Pchst! Quién iba á fijarse ahora...

ADELA. Ah! Conque no se fijaba usted y se subía como un mono en la butaca para aplaudir?

GERT. Qué atrocidad!

POLIC. No! Es que no tenía espacio. (Abriendo mucho los brazos para aplaudir.) Necesitaba aire. (Qué monería de chica!)

ZACAR. Pero en fin, lo importante es haberla encontrado á usted... celestial criatura!

ADELA. Ah! (Fijándose en él.)

ZACAR. Yo soy la persona que recogió la última voluntad de su difunto padre.

ADELA. Usted?

ZACAR. Sí, preciosísima niña! Su padre de usted ha dejado al morir dos millones. Uno para usted.

ADELA. Y el otro?

ZACAR. Para su primo Policarpo.

ADELA. Conque usted es primo de mi padre?

POLIC. ¡Y poquito que le quería yo!

GERT. ¡Qué hombre tan simpático!

ANITA. Tan amable!

POLIC. Era una alhaja!

ADELA. Y cuando me darán esos cuartos?

ZACAR. Será preciso cumplir ántes ciertas cláusulas del testamento.

POLIC. Usted debe vivir bajo mi tutela.

ZACAR. El señor le servirá á usted de padre.

ADELA. Cómo?

POLIC. De otro modo la herencia va á poder de los pobres.

ADELA. ¡Padre mio de mi alma! (Abrazando á Policarpo.)

POLIC. (Cómo acorta las distancias un millon!)

ADELA. Viviré aquí?

POLIC. Naturalmente.

ADELA. ¡Qué felicidad! Prepáreme usted la mejor habitacion. ¡Pronto! Y usted vaya por mis muebles. (Á Zacarías.) Aquí tiene usted las señas de mi casa. (Dándole una tarjeta.)

ZACAR. (El millon y su rostro me seducen.) (Váse.)

ADELA. Qué hacen ustedes?

GERT. Ven, Anita. ¡Ay qué torbellino!

ANITA. (Iré á la Castellana en coche!) (Vánse.)

ESCENA XII.

ADELA, POLICARPO.

ADELA. La casa es preciosa. Pero será preciso amueblarla de nuevo.

POLIC. Eh?

ADELA. Todo esto es antiguo y cursi.
POLIC. Precisamente hacíamos almoneda.
ADELA. Nada, nada. Sillería de raso, cortinas de damasco y un puf de *moiré*.
POLIC. Me parece mucho puf!
ADELA. Ah! papá!
POLIC. Qué, hija mia?
ADELA. Hay un leve inconveniente para que yo mude de casa
POLIC. Cuál?
ADELA. Que debo siete meses al casero.
POLIC. Pues mira, no es flojo el inconveniente.
ADELA. Al contrario! Usted los paga de su millon y en paz. Qué ménos puede hacer un padre?
POLIC. No pagarlos. Ya ves tú si puede hacer ménos.
ADELA. El arte produce apenas para vivir. Así estoy yo de deudas.
POLIC. Ah! Tambien debes?
ADELA. Los trajes, las joyas... Todo! ¡Pero qué me importa ya teniendo á mi padre?
POLIC. Es claro!
ADELA. Usted lo pagará con su millon.
POLIC. Pero dime, y el tuyo para qué le guardas?
ADELA. Diga usted. Quiénes eran esas señoras que estaban aquí hace poco?
POLIC. Mi esposa y mi hija.
ADELA. Su esposa? Usted es casado?
POLIC. Desgraciadamente.
ADELA. Y ha tenido usted la avilantez de hacerme el amor?
POLIC. Eso se ve todos los dias!
ADELA. Pretendía usted abusar! ¡Es usted un libertino!
POLIC. Niña!
ADELA. Un calavera, un viejo verde!
POLIC. Niña, niña, niña.
ADELA. (Llamando.) Señora.
POLIC. Qué va usted á hacer?
ADELA. Á decírselo á su mujer de usted.
POLIC. Zambomba!

ADELA. Señora! Para que lo meta á usted en cintura.

POLIC. (Pues me ha caido la lotería con esta hija.)

ESCENA XIII.

DICHOS, GERTRUDIS.

GERT. Quién me llama?

POLIC. Nada. No hagas caso.

ADELA. Oiga usted.

POLIC. (Y será capaz...)

ADELA. ¡Mucho ojo con este caballero!

POLIC. (Cállese usted.)

GERT. Cómo mucho ojo?

ADELA. Porque aquí, donde usted lo ve, me ha estado haciendo el amor en calidad de soltero.

GERT. Eh?

POLIC. (Lo suelta como lo piensa.)

GERT. Qué oigo?

ADELA. Y si viera usted qué ojillos tan alegres ponía al verme!

GERT. ¡Policarpo!

POLIC. Conque alegres?

ADELA. Sí, papá; no lo niegue usted.

POLIC. Mira, no me llames ahora papá, haz el favor.

ADELA. Métale usted en cintura, señora.

GERT. Pero Policarpo! Qué dices á todo esto?

POLIC. Que... que... es un gusto tener hijas tan graciosas.

GERT. Ya te ataré corto, no tengas cuidado!

POLIC. Ea, ea! Basta de necedades.

ADELA. Ha preparado usted mi cuarto?

GERT. Dormirá usted conmigo.

POLIC. Y yo?

GERT. En la bohardilla!

ADELA. Á esta hora suelo tomar una copa de Jeréz con bizcochos. Vaya usted por ella.

GERT. Oiga usted. Yo no soy criada de nadie.

ADELA. ¿Es un desaire, señora?

GERT. Qué se ha figurado usted?

POLIC. (Pero qué hija tan agradable.)

ADELA. Chico, muchacha! No hay criados en esta casa?

GERT. Están ocupados.

ADELA. Yo necesito uno. Desde mañana ha de haber uno á mi servicio.

POLIC. Pero oïga usted, oiga usted!...

ADELA. No admito réplicas! ¡Pues hombre! Puede usted quejarse. Cuando sólo por mí le cae un millon en la boca.

POLIC. (Pues si no fuera por tragármelo te iba yo á aguantar.)

ESCENA XIV.

POLICARPO, GERTRUDIS.

GERT. ¡Ay qué niña!

POLIC. Caracoles con la artista lírica.

GERT. ¡Pero tú bien que ponías los ojos alegres!

POLIC. Qué había de poner yo!.. (Gran ruido de vajilla rota.)

GERT. Jesús!

POLIC. Esa es nuestra hija. Ves qué monería?

GERT. Pero esto no se puede sufrir. (Váse.)

POLIC. Déjate que coja yo los cuartos y verás por dónde sale el angelito.

ESCENA XV.

POLICARPO, TEODORO.

TEOD. Aquí estoy otra vez!

POLIC. Y tu padre?

TEOD. Pálido, ojeroso, con el carrillo cada vez más hinchado. Aquello no es ya un queso de Villalon. Es un queso de bola! Yo le dije: padre adorado! Mi suegro nos aguarda. Corramos en casa de mi suegro. El hombre que no sabe ahogar sus sentimientos no es hombre. Acuérdese usted de Romeo, de Cástor, de Pólus y de Bonaparte!

POLIC. Y qué dijo tu padre á eso de Bonaparte?

TEOD. Que si no callaba pronto me iba á tirar por el balcon.

POLIC. Lo comprendo! Hablarle de *Buena-parte* á un hombre que tiene dolor de muelas!

TEOD. Pero si yo no me puedo contener! Soy elocuente sin saberlo!

POLIC. (En el mismo tono de Teodoro.) (Lo que tú no sabes es lo tonto que eres!)

ANITA. (Dentro.) Á mamá no se le contesta!

GERT. (Id.) Cállese usted.

ADELA. (Id.) ¡No me da la gana!

TEOD. Qué es eso?

POLIC. Nada! Una estrella con rabo que nos ha caido del cielo.

ESCENA XVI.

DICHOS, GERTRUDIS, ANITA, ADELA, luégo ZACARÍAS.

GERT. ¡Qué atrocidad!

ADELA. ¡Á mi nadie me riñe!

GERT. Ha roto media vajilla!

POLIC. Calma! ¡Un poco de calma!

ZAC. Aquí están ya los muebles.

POLIC. Que no lo descarguen! Aguarde usted un poco.

ADELA. Cómo que no?

POLIC. Gertrudis, tengo el gusto de presentarte á tu yerno.

GERT. Calle! Es usted Teodorito?

TEOD. El mismo. Yo nací en Ávila el dia...

POLIC. No sueltes el grifo.

ZACAR. (Á Adela ap.) (Tenemos que hablar.

ADELA. Pues hable usted.) (Siguen hablando.)

GERT. (Á Teodoro.) Me alegro en el alma... Y su papá de usted?

TEOD. Sufre horriblemente de las muelas.

ADELA. (Eh?

ZACAR. Sí! Yo la amo á usted con delirio! Y en prueba de ello, reciba usted este ósculo purísimo de...

ADELA. (Dándole un bofeton.) ¡Insolente!) (Todos volviéndose al ruido.)

POLIC. Qué es eso?

ZACAR. ¡Nada! ¡Casi nada!

POLIC. Ha sonado como un bofeton.

ADELA. Que acabo de plantarle al señor por atrevido.

TODOS. Eh?

ZACAR. Sabe usted, don Policarpo, que la niña es de lo más amable que he visto?

POLIC. Ya la irá usted conociendo.

ADELA. Pues no ha osado hacerme el amor!

POLIC. Hombre! Es una gran proporcion. (Haber si carga con ella.) Guapo, simpático, peluca nueva... (Levantándole la peluca.)

ADELA. Valiente mamarracho!

ZACAR. ¡Oiga usted, oiga usted! (Dan las cinco.)

POLIC. Las cinco!

GERT. Las cinco.

ANITA. Las cinco.

ZACAR. Las cinco.

POLIC. ¡Llegó el momento ambicionado! ¡Uf! ¡Cuántos sudores me cuesta!

ZACAR. Sentémonos, señores. Voy á proceder á la apertura del testamento.

TEOD. (Á Policarpo.) De qué testamento?

POLIC. Siéntate y calla.

TEOD. (Qué significa esto?) (Todos se sientan frente al público. D. Zacarías ocupa el centro. Luégo saca un gran pliego cerrado y lacrado que abre en medio de la ansiedad general.)

ZACAR. Y dice así: «En la ciudad de...» Suprimo la fórmula. «Yo, Atanasio Arganzuela, natural de...» Suprimo los detalles.—«Profesando la religion católica, apostólica.» —Suprimo el resto.

POLIC. Suprímalo usted todo y vamos á buscar el dinero.

GERT. Eso es lo importante.

ZACAR. «Queridísima hija: Supongo que mi primo Policarpo »habrá descubierto tu paradero, y que al abrir mi tes»tamento presenciarás su lectura.»

TEOD. (Á Policarpo.) Perdone usted. Quiere usted decirme qué significa...

POLIC. ¡Silencio! Siéntate.

ZACAR. «Y supongo, por último, que todos deseareis saber »dónde se hallan depositados los dos millones de que »don Zacarías ha debido hablaros.»

POLIC. ¡No hay que respirar ahora!

ZACAR. «Yo estoy seguro que si hubiera muerto pobre, ni mi »primo ni nadie se hubiera molestado en buscarte, y »hoy continuarías sin saber siquiera mi nombre.»

POLIC. ¡Calumnia! Yo la hubiera buscado de todos modos! No es verdad que la hubiéramos buscado?

GERT. Quién lo duda?

POLIC. ¡Yo no hago las cosas por el interés!

ZACAR. «Mas hoy que mis deseos han sido satisfechos, debo »confesar que los dos millones de que hablé á don Za- »carías han existido... en mi imaginacion, por lo cual »no los he depositado en ninguna parte.»

TODOS. Eh? (Estupefaccion general. Todos se miran sorprandidos.)

ZACAR. La fecha y la firma. (Já, já, já!)

POLIC. (Despues de mirar sorprendido y sin saber lo que le pasa.) Dice... que... los dos millones...

ZACAR. Sólo han existido en su imaginacion.

POLIC. (Levantándose.) Pues señor; he conocido pillos en mi vida, pero como éste ninguno!

GERT. ¡Esto es una burla grosera!

ZACAR. (¡Me alegro!)

GERT. Y si hubieramos sabido esto...

POLIC. ¡Cualquier dia busco yo á la chica!

ADELA. Por qué no? Acaso hace usted las cosas por el interés?

POLIC. ¡En mi vida me ha pasado otra!

ADELA. Entónces, papá, por qué se irrita usted?

POLIC. ¡Yo no soy padre de nadie! Márchese usted con su abuelo.

ADELA. Me abandona usted? Sin pagar mis deudas? Eso lo veremos.

POLIC. No! lo pagaré todo con tal de perderla á usted de vista.

ADELA. Entónces me conformo. Precisamente tengo un contrato para Buenos Aires.

POLIC. Pues no lo pierda usted.

GERT. ¡Nos quedamos sin millon!

ANITA. Me quedé sin coche!

POLIC. Con tal de quedarme yo sin ese retoño, todo lo doy por bien empleado.—¡Pedro!

ESCENA XVIII.

DICHOS, PEDRO.

PEDRO. Llamaba usted?

POLIC. Que vuelvan á su casa los muebles de esta señorita.

ZACAR. Yo me despido para Betanzos.

ADELA. Y yo para Buenos Aires.

TEOD. ¿Pero quieren ustedes explicarme...

POLIC. ¡Hombre, no seas estúpido!

MÚSICA.

Aunque quedé sin el millon
por muy contento me daré,
como me otorgues el perdon
que yo en mis sueños me forjé.

TODOS. Tra, la, lá, tra, la, lá.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de ***M. Murillo***, calle de Alcalá, y de *S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.